

Mientras el alma me suene

Para contar una verdad que nace de lo más profundo, hace falta un nombre que la sostenga. He elegido llamarme *Vera*, que significa “verdad”. Porque esta historia no es un símbolo ni una metáfora: es la realidad de quien ha mirado de frente a la enfermedad y ha decidido que, por encima de cualquier diagnóstico, debe prevalecer su voz. Bajo este nombre comparto mi camino de superación.

Todo comenzó en septiembre de 2019 cuando, unas molestias en el estómago me llevaron a pasar varios días en el hospital, cuyo diagnóstico inicial fue infección por la bacteria *Helicobacter*. Las pruebas salieron negativas, recibí el alta médica y pensé que aquel capítulo estaba cerrado. Todo aparentaba estar bien, sin embargo, el dolor no terminaba de desaparecer y las dichas molestias en el estómago seguían. Lo peor de todo fue la constante sensación de que algo no iba del todo bien. Finalmente llegó el diagnóstico: cáncer de estómago. Una palabra que nunca estás preparada para escuchar.

En enero de 2020 llegó la operación. Entré al quirófano con miedo, pero también con esperanza. La cirugía, aunque larga, salió adelante sin mayor dificultad; sin embargo, la recuperación se complicó debido a una infección por el hongo *Candida* que se extendió a los pulmones, cosa que me hizo permanecer dos meses ingresada. Fueron días largos. Días en los que aprendí a tener paciencia. Gracias a la fuerza que me da Dios, a los médicos, al cuidado esencial de las enfermeras y al apoyo de mi familia, pude pasar el mal trago. Cada gesto, cada palabra de ánimo, cada visita, me ayudaba a seguir. Cuando me dijeron que no necesitaría quimioterapia porque todo había salido bien, sentí un gran alivio. Pensé que la lucha había terminado.

Intenté volver poco a poco a mi vida normal, pero en 2022 la enfermedad regresó. El cáncer, que parecía dormido, despertó. Esta vez el tratamiento iba a ser distinto; ahora sí que necesitaba quimioterapia. La oncóloga me explicó entonces que sería un tratamiento crónico. Escuchar esas palabras fue duro, sentí miedo, tristeza, incertidumbre. Vamos, un jarro de agua fría. Pero al mismo tiempo comprendí que “crónico” no significa “final”, sino “camino largo”. Un camino que se recorre paso a paso.

Desde ese momento he recibido más de cuarenta sesiones de quimioterapia. No ha sido fácil, para qué engañarnos. Hay días de cansancio, días en los que el cuerpo pesa más que la voluntad. Sin embargo, cada sesión la vivo como una nueva oportunidad, como un acto de fortaleza, como un “chute” de esperanza. Es mi manera de seguir apostando por la vida.

He decidido que la enfermedad no me va a doblegar. Sigo haciendo mis actividades. Continúo con mi gimnasia de fuerza, que me ayuda a mantenerme activa y a no dejar que el ánimo decaiga. El ejercicio me recuerda que mi cuerpo sigue respondiendo, que sigue siendo mío. Me ayuda a sentirme capaz.

El acompañamiento de los tuyos es fundamental. Nadie debería atravesar algo así en soledad. Mi familia ha permanecido a mi lado en cada momento y mis amigos han sabido estar desde el principio, incluso cuando yo no tenía palabras. A veces basta una mirada o un mensaje para sentir que no estás sola. Ese apoyo te sostiene cuando flaquean las fuerzas. También he aprendido a valorar cosas que antes daba por hechas: un paseo tranquilo, una comida con

amigos, una conversación sin prisas. He entendido que la vida no se mide en grandes acontecimientos, sino en pequeños instantes llenos de sentido.

La ilusión sigue viva, intacta. Está en los planes que hago, en las metas que me pongo, en el deseo de seguir adelante. La ilusión no desaparece por tener una enfermedad; cambia de forma, se vuelve más consciente, más profunda. Hoy puedo decir que estoy bien. No porque todo sea fácil, sino porque he aprendido a convivir con la enfermedad; una enfermedad que forma parte de mi historia, pero no es toda mi historia. Aún me queda mucho amor que dar a toda mi gente.

En este camino también han llegado dos regalos inmensos: el nacimiento de mis dos nietos. Su llegada al mundo ha sido una inyección de vida para mí. Mirarlos, abrazarlos, escuchar su risa, me recuerda cada día por qué merece la pena seguir luchando. Ellos son mi futuro, mi esperanza y continuidad. Cuando el cansancio aparece, pienso en ellos y encuentro una fuerza nueva que no sabía que tenía. Y, como si la vida quisiera regalarme otra señal, mientras escribía este relato recibí una llamada desde Oncología: el tumor está remitiendo, con lo que evitaría un tratamiento más agresivo. He colgado el teléfono con lágrimas en los ojos; pero no lágrimas de miedo, sino de gratitud. Una vez más, la vida me demuestra que seguir adelante siempre tiene sentido.

Quiero terminar este relato con unos versos que pertenecen al poema "Sentado sobre los muertos", de Miguel Hernández, que me acompañan en este camino:

*Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene
y aquí estoy para morir
cuando la hora me llegue.
En los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre,
varios tragos es la vida
y un solo trago la muerte.*

Y mientras el alma me suene, seguiré viviendo.

Vera.